

Pablo Vila Arteaga
INVENTARIO DEL FUEGO

Inventario del fuego / Pablo Vila Arteaga;
Santiago de Chile-Valencia, España; 2025

Corrección de textos: Alejandro Humosto
Fotografía de autor: Sara Navarro Montalt
Portada y composición: Mario Mora Sanhueza
Dirección editorial a cargo de Luis San Martín Arzola

Imagen 1: Joanbanjo (2014). Licencia: CC BY-SA 3.0
Imagen 2: Reproducción en dominio público.
Imagen 3: Dominio público – Edición editorial para calidad.
Imagen 4: Waelder (2007). Licencia: CC BY-SA 3.0 / CC BY 2.5.
Imagen 5: Edición de imagen por parte del sello (foto libre de derechos).
Imagen 6: Dominio público - Edición editorial para calidad.
Imagen 7: Dominio público - Edición editorial para calidad.

1ª edición: enero 2026

ISBN: 9798275914856

Depósito legal: V-5046-2025

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, del autor o el editor.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (Cedro) vela por el respeto de los citados derechos.

Este libro, incluyendo su texto, estructura, personajes, tramas, ilustraciones, diagramas, diseño, portada y cualquier otro componente de autoría, creativo o editorial, no puede ser empleado, total ni parcialmente, para entrenar modelos o sistemas basados en inteligencia artificial, bajo ninguna circunstancia y sin autorización previa de Vuelo Ártico.

© Pablo Vila Arteaga, 2025
Santiago de Chile - Valencia, España
www.vueloartico.com |  @vueloartico

Pablo Vila Arteaga

INVENTARIO DEL FUEGO



VUELO ÁRTICO

Índice

CAPÍTULO I.....	11
CAPÍTULO II	21
CAPÍTULO III.....	29
CAPÍTULO IV	41
CAPÍTULO V	51
CAPÍTULO VI.....	57
CAPÍTULO VII.....	61
CAPÍTULO VIII.....	65
CAPÍTULO IX.....	75
CAPÍTULO X	91
CAPÍTULO XI.....	101
CAPÍTULO XII	109
CAPÍTULO XIII.....	115
CAPÍTULO XIV	121
CAPÍTULO XV	133
CAPÍTULO XVI.....	141
CAPÍTULO XVII	149
CAPÍTULO XVIII.....	155
CAPÍTULO XIX.....	163
CAPÍTULO XX	169
CAPÍTULO XXI.....	179
CAPÍTULO XXII	187

CAPÍTULO XXIII.....	193
CAPÍTULO XXIV	199
CAPÍTULO XXV	207
CAPÍTULO XXVI.....	213
CAPÍTULO XXVII	219
CAPÍTULO XXVIII.....	223
CAPÍTULO XXIX.....	227
CAPÍTULO XXX	237
CAPÍTULO XXXI.....	249
CAPÍTULO XXXII	255
CAPÍTULO XXXIII.....	263
CAPÍTULO XXXIV	269
CAPÍTULO XXXV	279

Dedicado a mi amigo Manuel, avezado librero de lance en la plaza Lope de Vega en Valencia; gran tertuliano en las ocasiones que la fortuna me ha dado ocasión de compartir con él y su tiempo en su puesto de vendedor de libros en dicho sitio, a la sombra de la iglesia de Santa Catalina. Testigo de un mundo que ve desaparecer delante de él, antes constituido a base de pequeños puestos de vendedores de todo tipo que ya no volverán, sustituidos por un postmodernismo insaciable de franquicias y mercadeo desalmado que, como un tsunami, barre el antiguo régimen del comercio.

Como un último mohicano, mantiene su puesto con dignidad ante los adversos avatares de la postmodernidad, viendo el desembarco frenético del turismo de masas que con curiosidad lo miran y, a veces, fotografían en su bastión de la esquina repleto de libros. Tesoros olvidados y perdidos por otros dueños que vaciaron o dejaron saquear sus particulares bibliotecas alejandrinas al mejor postor, y que ahora buscan mentes ávidas de momentos íntimos de lectura, dedos en busca del tacto rugoso del papel viejo y olfatos ansiosos de olores a celulosa antigua.

Manuel, si se le pregunta, dará una grata conversación a cualquier cliente que le consulte sobre literatura, y recomendará buenos libros.

31-VIII-2024. Valencia.

CAPÍTULO I



Mientras caminaba por las solitarias calles de aquella ciudad en el crepúsculo, rumbo a su domicilio, cuando la ciudadanía solo ve sospechosos habituales deambular en las aceras mojas por una lluvia que cae holgazanamente, creando más rechazo a salir a la calle a los pocos viandantes obligados a exponerse, de forma inexcusable, a los elementos, y resguardarse bajo los paraguas; mientras las manecillas del reloj de la muerte no paraban de marcar su ritmo regular y un coche de la funeraria pasaba rápido por esa calle, con la ventanilla del conductor abierta, un cigarro humeante saltó de ella, cayendo sobre la acera, entre una pareja y él. Aquella pareja, que venía en dirección contraria, quedó petrificada ante el cigarro aún encendido sobre el suelo húmedo, como si estuvieran enfrente de un espectro. No podía pasar, había un enorme charco a su derecha, en el asfalto. Las lluvias en esa región del Mediterráneo caían cuando caían y a menudo el alcantarillado quedaba inutilizado, más aun en aquel mes de octubre. No había escapatoria en la angostura de la acera. Ese cruce con los viandantes, armados con paraguas punzantes y amenazantes, suponía para él una maniobra forzosa, un reto a esquivar con la cabeza gacha al cruzárselos. Todo por miedo a quedarse tuerto e impedir que aquellas púas cayeran sobre su rostro descubierto. Al final, pisando el cigarrillo, se zafó de tan incómodos transeúntes, escuchando un *vade retro Satana* a sus espaldas. Tras cruzar su particular estrecho de Magallanes, en su cabeza no paraban de seguir bullendo ideas para elaborar sus nuevas historias, de tal forma que, con su andar sin rumbo aparente, lento y pausado —asemejando a uno de aquellos galeones

españoles de los siglos pasados, cuando América, parte de Asia y Europa eran gobernadas por una misma corona, unos dominios donde no se ponía el Sol y sobre los cuales Quevedo predijo un final en el soneto del salmo XVII—, una conclusión así pudo recordar él vagamente, con su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, no encontrando otra cosa en la cual poner sus ojos, en un intento de no ver la imagen de la muerte. Se iba desplazando por las aceras, despreocupado de la lluvia al caer sobre sus cabellos mojados, más atento a los transeúntes que se le acercaban, tal era el valor del contenido dado a sus historias y el temor a que algún desaprensivo viniera a asomarse al interior de su cabeza, a husmear en sus relatos y, de esta forma, le hurtara la propiedad intelectual de su genuina creación. Nuestro personaje intentaba evitar cualquier cruce con personas en su camino, llegando a cambiar de acera o, inclusive, a saltar en un acto disuasorio los esporádicos charcos que iba encontrando en la trayectoria de su camino. Seguía vistiendo la misma desgastada gabardina nórdica azul descolorido de siempre, muy atípica por aquellas latitudes meridionales, pero que, según refería él, lo guarnecía del frío y la humedad del otoño y el invierno que visitaban cada año esa zona costera mimada por la meteorología, además de servirle para llevar en sus bolsillos laterales internos uno o dos ejemplares de esos libros que solía leer con fruición, en cualquier momento de los que tuviera a lo largo de su peregrinar diario entre cafeterías. Pensaba que eran sus mejores armas e iba con su paso lento, pausado y sin rumbo aparente, seguro y no dando importancia a las ideas de tipo paranoide que, a veces, zumbaban en torno a su cabeza. Portaba a ambos lados aquellos dos libros en los sendos bolsillos internos de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, cual si fueran dos revólveres Smith & Wesson M29, «el mejor revólver de la historia», según la frase mítica grabada en su cerebro tras ver la película de Clint Eastwood interpretando al agente Callahan en *Harry El Sucio*. Allí los llevaba, en los bolsillos interiores de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, lejos de miradas indiscretas. De aquellos libros que tanto frecuentaba con su lectura, recreándose en ellos en los

bares cutres y guais, con una ventilación deficiente y recorridos por clientela escasa de dudosa procedencia, a la cual no le gustaba que le hicieran preguntas, que eran atendidos sin remilgos por unos camareros que iban a lo suyo si los clientes pagaban y no daban problemas. Así, sacaba un vocabulario exquisito y rico empleado a menudo en medio de los dimes y diretes de la calle. A veces, alguna mosca volaba, cual buitre carroñero, señalando las cercanías de algún candidato a cadáver o un moribundo. Recordando la canción de los Wings, quedaba al margen de todo aquello. Aquella canción versaba sobre cuando se era joven y el corazón se mantiene como un libro abierto, entonces uno tiene que vivir y dejar vivir, pero ante los sinsabores de la vida, en un mundo cambiante que te hace sufrir, es mejor vivir y dejar morir. La tataréó por un instante hasta que la mosca se fue a otro lugar. No era muy exigente respecto a estos asuntos. Solía sentarse a la sombra de una esquina, evitando las mesas del exterior, donde el sol, el paso del gentío y los automóviles lo molestaban. Sí, lo molestaban en su inmersión al mundo literario en el que se introducía a modo de escafandrista, haciéndolo a gran profundidad. Prefería hacerlo alejado del paso de los barcos de paseo y los bañistas. Allí se encontraba él y el libro: la inmensidad de las profundidades del océano y él. Las aguas iban abriéndose de forma inmensa delante de sus ojos, a medida que iba pasando las páginas, como el escafandrista que, sumergido, deslizándose en el agua, va cayendo al fondo del mar, observando el tremendo paisaje que se abre debajo de sus pies y la sensación de infinito que lo rodea. No era muy quisquilloso acerca del estado del hule que solía cubrir la maltrecha mesa coja y que, con paciencia, él corregía con una cajetilla de tabaco, consiguiendo nivelarla tras un pequeño ingenio de doblar el cartón. La verdad, le importaban un bledo los lamparones de las tazas de café, como al igual las migas de pan de las tostadas con aceite y sal y sus correspondientes ristras de gotas de aceite indicando las posiciones de los dos ocupantes que, poco antes, habían abandonado la mesa tras entregar escrupulosamente la cuenta al camarero de espeso bigote, quien no se había tomado la molestia de pasar el cepillo sobre

la mesa para recoger los restos dejados a la de Dios. Cada bar tenía su categoría. Este no era el Hotel Ritz y, por varias razones, no tenía ese tipo de clientela. Con un equilibrio digno de un malabarista, sin importarle al fin y al cabo manchar un poco las tapas del libro que tocaba esa semana con aquellas huellas pegajosas, desenfundó del bolsillo derecho aquel ejemplar de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, a causa del paso del tiempo y el empleo de múltiples lavadoras alimentadas con jabones de dudosa composición. A él lo que le interesaba era la letra impresa en el interior de la coraza de aquellos volúmenes; era su tesoro. El resto formaba parte de la huella del tiempo, como las cortezas de los árboles que van cambiando de color con sus líquenes, hendiduras y otros accidentes dejando huellas en el vegetal y que, en vez de quitarle valor, lo van embelleciendo. De esta forma peculiar pensaba él sobre sus libros. El paso del tiempo y su uso les daban valor, nada más creía, al contrario que los puristas que los dejaban en estanterías, bajo las miradas de la gente, mostrando sus lomos de colores con las letras impresas y su interior vergonzoso oculto, sin mostrar, como el primer día de su impresión. Más les valían ser de cartón piedra, gruñía él, cada vez que entraba en aquellas casas-museo decoradas ricamente y con armarios acristalados, bajo llave, donde se exponían centenares de libros. Juraría que el momento en que por última vez se tocaron fue cuando alguien, hace tiempo, los colocó allí, para que después el plumero de la encargada de la limpieza los repasara de forma tímida. Nada más penoso para él que un libro antiguo, pero inmaculado, sin tener la huella del hombre, la que, sin ser destructiva, lo enaltecía. El camarero bigotudo se acercó. No se dio cuenta de su presencia hasta que le aproximó la taza del café doble expreso. Era un habitual en el bar y él conocía sus gustos. Rápidamente, con reflejos de felino, apartó el libro en el que estaba enfrascado, dejando que el camarero le sirviera el café con azúcar negro; detestaba el azúcar blanco. Sin decir nada —como siempre, ya era conocido que cuando estaba leyendo no era norma en él entablar conversaciones con otros usuarios del bar— siguió en su lectura. Solo entablaba conversaciones cuando se

acercaba a la barra, con ciertos habituales o algún camarero, para tratar temas de la vida, temas de política y nada más, nada referente a asuntos de chismorreos acerca de vecinos. Hoy parecía que no iba a haber debate en la barra por parte de él, a pesar de la presencia de un grupo de habituales conversando sobre algo en la esquina contraria. Pero, a pesar de ser habituales del bar, no eran de los que coincidían con él de forma regular, pues solía ir al bar por las mañanas, a primera hora, en cambio ese día alteró su rutina diaria y acudió por la tarde, coincidiendo con otros personajes con los que no estaba acostumbrado a tratar y, como no era persona de iniciar conversación con desconocidos o gente de poca confianza o poco trato, prefirió refugiarse en su viaje imaginario al interior de las páginas del libro colocado en sus manos, ignorando todo lo que tenía en torno suyo. El bar comenzaba a llenarse de gente pululando por el interior. Los habituales de la esquina de enfrente, enfrascados en su conversación, habían empezado a elevar el tono de voz, haciéndose más audibles, sin llegar a ser entendible el tema versado por el ruido de fondo. Uno de los individuos que había entrado recién se acercó a él y, de forma educada, le preguntó si podía disponer de la silla libre, pareja a la ocupada por él en la mesa paticoja. Todo esto estaba alterando un poco su emocionante lectura: *Yolanda, la hija del Corsario Negro* de Emilio Salgari. En concreto, leía el capítulo «El notario de Maracaibo», en el cual los fieles amigos del capitán Negro, el vizcaíno Carmaux y Wan Stiller, entran en casa del notario a obtener una información vital para el capitán. No era común que el bar estuviera tan colapsado. Miró su reloj de faltriquera guardado en el bolsillo derecho del pantalón, asegurado con una anilla al cinto ante cualquier amigo de lo ajeno. Viendo que era ya la hora de la cena y que, sin embargo, la gente no iba a la barra a pedir nada consistente con lo que saciar el hambre, tan solo alguna bebida o café, se preguntaba qué es lo que se estaba empezando a trapichear en el local. De forma instintiva, miró a través de la ventana y se dio cuenta de la razón por la cual la gente se había refugiado en

aquel sitio tan poco frecuentado: el aguacero de la calle se había convertido en una tronada de órdago.

—La gente se agarra a un clavo ardiente —escuchó una voz al lado suyo.

Era el camarero bigotudo que, cansado de que la nueva tropa incorporada al bar no le gustase mucho la fría colección de platos expuestas en el mostrador de la barra, se había acercado a él, moviéndose entre individuos, los que habían ido ocupando el bar como si fuera eso el arca de Noé, mientras el agua en el exterior era el Diluvio Universal. Se rio un poco, dejando a un lado las aventuras de la hija del Corsario Negro; creyó que ya había recibido demasiadas balas de cañón ese día para su habitual estado de ánimo. Tomando la taza de café, echó el último sorbo y se quedó observando el poso en el fondo, como si supiera algo de cafeomancia. Esto lo retrotrajo a un viaje realizado al interior de Andalucía hacía unos años, concretamente a la provincia de Málaga, en Villanueva del Trabuco. Allí, caminando solo, como era habitual en él, encontró en una bocacalle estrecha y sin salida, una de aquellas calles moriscas que aún perduran en algunos pueblos y ciudades de España, un toldo guarneciendo del sol abrasador de agosto a una anciana regando bajo la sombra unos espléndidos geranios floridos en su plenitud, formando un conjunto de colores rojo, blanco y rosa. Se acercó a ella por mera curiosidad y la mujer, dando a entender que ya lo había oteado desde su aparición por la calle cerrada, dejó la regadera con la cual echaba agua a las macetas de las flores colgantes en la pared blanqueada de la casa y en torno a la puerta de esta, encima de una mesa próxima, donde reposaban una botella de vino y dos vasos. Poco a poco, con inseguridad por sentirse observado de forma tan directa en un terreno extraño y por una desconocida, fue acercándose hacia el lugar donde se encontraba la anciana; la sed vencía más a la inseguridad. Cuando estaba ya próximo, esta le preguntó dónde se había dejado la cámara de tomar fotografías. Esto lo dejó un poco fuera de lugar, recapacitando un comentario tan cavernario. Paró su marcha, deteniéndose no a la suficiente distancia para no oler las esencias de aquellos geranios, y le

comentó a la anciana, con la intención de encandilarla un poco, que había sido atraído por el olor. Ella lo miró más fijamente, con unos ojos que casi le rompían el alma, sintiendo ser traspasado por una luz cegadora que lo dejó aturdido por unos minutos, tras lo cual escuchó unas pequeñas risas que le chirriaban en los tímpanos. Todo esto le produjo gran turbación e intentó retroceder unos pasos hacia atrás, pero sus pies estaban anclados al suelo, como si estuvieran engrillados con cadenas a un gran pedernal de color negro, impidiéndole moverse y huir. La anciana se le acercó, mostrando una sonrisa, asustándole aun más, con un rostro moreno, ajado y lleno de arrugas que en otro tiempo fuera bello y el objeto de deseo de las miradas de muchos hombres, con una nariz aguileña, dándole un aspecto de depredadora y, lo más misterioso y profundo de todo, unos ojos verdes con los que perforaba el interior de su alma, dejándolo completamente desnudo. Lo tomó de su mano derecha y, liberándolo de sus cadenas, lo llevó a través de las fragancias de los geranios hasta la mesa donde estaba la botella de vino con los dos vasos y la regadera. Retiró los cuatro objetos y dejó que se sentara en una de las sillas allí colocadas en rededor de la mesa, desapareciendo tras la puerta de madera de la casa, en un tintineo de la cortina antimoscas de la entrada. Quedó allí, como hipnotizado, en un bloqueo interno, movido por fuerzas externas no controladas por él. Lo único que podía considerar normal de todo aquello era el aroma apaciguador de los geranios, bajo el toldo protector. Tras un tiempo de incertidumbre, soportando algunas moscas, apareció al fin la figura de la anciana. Llevaba en sus manos, ya secas y huesudas, una bandeja portando una cafetera con una única taza. Con paso firme, la dejó en la mesa y se sentó en la otra silla sin decir nada. En silencio, tomó la cafetera humeante y sirvió ofreciéndosela a él, sin dirigirle la más mínima palabra, en un silencio sepulcral. Estaba completamente sorprendido, no entendía nada. En su interior bullían ideas acerca de la cordura de la anciana situada enfrente de él, pero una fuerza lo obligaba a permanecer allí. De pronto, la mujer habló y le dijo que todo lo que tenía que saber acerca de su futuro estaba en el poso de aquel

café. Tenía que beber antes de que se enfriara. Con un gesto matriarcal, se lo indicó con premura, y él observaba con interés la taza de café que ella le había llenado. En principio, tenía un poco de desconfianza con todo el devenir de los acontecimientos venideros como un viento de Levante. Sentía que no le daba tiempo de asimilar aquello, pero al fin se atrevió a dar el paso a tomarla, dado el buen aroma desprendido por el café, quizás tentado como Adán por Eva en la Tierra Prometida, viendo la humareda con los vapores que entraban por sus pituitarias y ese color tirando a dorado brillante que llegaba a sus ojos reflejando sus pupilas. Venció sus prejuicios iniciales, tomando al final la taza de arcilla marrón, que llevó a sus labios. El sabor amargo del café lo deleitó en grado sumo, agradeciendo con su mirada entrecerrada a la anciana mientras tomaba el primer sorbo. Al dejar la taza de café, sus labios no dejaban de saborear tal delicia; no habían probado nunca algo así en su vida, y de esta forma se lo expresó. La anciana le comentó que ese café era único en el mundo, pero que lo mejor que tenía era el poso del fondo, que bebiera hasta terminar la taza y entonces llegarían a un pacto muy productivo para ambas partes. Gustoso con el sabor, siguió deleitándose sorbo a sorbo, mientras los ojos verdes de la anciana seguían observándolo con fría lujuria y una risa se iba dibujando en su boca rodeada de estrías profundas, hasta que al fin él terminó; sus papilas gustativas arrastraban todavía el sabor de las últimas gotas. Cuando la anciana se dio cuenta de que todo había acabado, le ofreció la mano derecha demandando la taza de arcilla. Se la dio. La anciana, con voz demandante, le preguntó si quería llegar a algún trato por su inocencia, y a cambio ella le ofrecía el futuro. Se quedó boquiabierto, no sabía qué decir, pero al final cedió y entregó la taza de arcilla vacía con el poso de café y su inocencia, preguntándole sobre su próximo futuro con cierta inquietud en su interior. Ella, con delicadeza, tomó la taza de arcilla de las manos de él, con cuidado de que no cayera y se rompiera, y la sujetó con cierta avaricia con sus dos manos secas y huesudas, elevándola arriba, hacia el Sol, en un acto simbólico que él no supo interpretar del todo. Estaba demasiado extasiado

para saber interpretar todo lo que ocurría alrededor suyo. La anciana, llevando sus cabellos negros colgantes cayendo sobre la frente y detrás del cinto que sujetaba la mayoría de su larga melena, reclinó su cabeza sobre la taza murmurando palabras ininteligibles para él, apoyando sus manos de dedos nudosos y delgados sobre la mesa. Así, contorsionaba su cuerpo en algo que lo dejaba a él en fuera de lugar, bloqueándolo. Volvía a tener la sensación de tener los grilletes en los pies unidos al gran pedernal de color negro, manteniéndolo retenido al suelo como hacía unos instantes, incapaz de salir huyendo, que era lo que le pedía el cuerpo. Permanecía estático. El tiempo se detuvo lo que quiso la anciana contorsionista, hasta que al final alzó la cabeza y lo miró con ojos verdes directamente a los suyos, con una mirada que le rompió el alma. Nunca antes ni después sintió una mirada de ese modo. Percibió, de esa forma, que le acababan de robar algo. Era frágil y miserable. La anciana le acercó la taza de arcilla y le sonrió. Le dijo que tenía una larga historia por delante, que la vida de él estaba rodeada de libros en torno a la vida y la muerte, pero que no podía decirle nada más, que el poder de ella acababa allá donde los demonios empiezan a marcar su territorio, que no podía decirle nada más, insistió. Se quedó de piedra, ¿cómo sabía esa anciana que se dedicaba a los libros? ¿A qué se refería con la vida y la muerte? Bastante turbado, dio las gracias y marchó de ese lugar de esencia de geranios, con el recuerdo del sabor de ese asombroso café y sin echar una mísera fotografía. Los recuerdos de la cafeomancia lo persiguieron durante algunas noches más hasta que logró olvidarlos. De esta forma, en el bar cutre y guay fue rememorando la situación, sin querer buscarla. Se encontró, de forma súbita, tratando de leer el poso de su propia taza de café sin ver nada claro, solo figuras modernistas en un fondo blanco, por lo que decidió, ante la marabunta organizada en el interior del otrora tranquilo bar, abandonarlo aun a riesgo de exponerse a las inclemencias de la lluvia incesante que parecía, en ese momento, amainar. Se acercó a la barra del bar, un poco a trompicones, con gente extraña que no había visto en su vida, haciéndose espacios como podía, hasta al fin

lograr conquistar un hueco en la arena de la playa de la barra del bar, poniendo una pica en Flandes, y con éxito llamar la atención del camarero, quien no pudo ser otro que el del bigote. Este se le acercó y, apiadándose de él, aceptó el euro y medio del doble café expreso que había tomado. Los habituales de la barra de enfrente se habían retirado ante la incomodidad del lugar.

—No son tiempos para nosotros —le comentó con humor el camarero.

Le dijo que se iba de retirada. Y de la misma forma que se había acercado a la barra del bar, se alejó en dirección a la puerta de salida, donde había una pareja fumando. Los esquivó, disculpándose, pasando entre los dos, apretando bien la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y saliendo, por fin, del ya agobiante bar cutre guay, con cierta soltura, exponiéndose a la lluvia que todavía mantenía a la marabunta allí dentro. Se dirigió por las calles, caminando sin rumbo aparente, lentamente y de forma pausada, sin preocuparse por el calabobos cayendo por las calles, en dirección a su casa y quizás enfrascado, en su interior, en las pericias de la hija del Corsario Negro por el Mar del Caribe.